

## V

## La bávara.

El café Frascati ocupaba, en la esquina del lado izquierdo de la calle de Richelieu y del boulevard Montmartre, el sitio que ocupó la magnífica casa que había pertenecido al señor Taillepied de Bondy, intendente general de Auch; el hotel Lecoulteux, de donde salió La-voissier para ir al cadalso. El italiano Garchy había abierto allí, á fines del siglo pasado, aquel famoso establecimiento, en donde los elegantes perfumados del año III y del año V iban á arañar con la punta de sus cucharillas los sorbetes de marrasquino mientras declamaban contra los últimos montañeses ó contra el Directorio. Entonces estaban á la moda los jardines públicos. Velloni se había establecido en el pabellón de Hanovre y Tortoni en la esquina de la calle Thaitbout. El cafetero italiano había agrandado considerablemente y decorado su café, al que no iban en otro tiempo más que las *impuras* y las cómicas, y adonde las grandes señoras de 1809 se presentaban sin aver gonzarse. Como la

clientela de Garchy se había depurado, el establecimiento parecía embellecido.

Veintiocho tiendas pegadas á las tapias del jardín, á lo largo del boulevard Montmartre, le daban el aspecto animado de una feria al aire libre. Se vendía de todo un poco, cintas y barquillos, hebillas para los zapatos y estampas alegres. Un panorama construido en el jardín, atraía á los curiosos. Aquello era un entra y sale continuo y encantador.

Una escalera ancha y lujosa, conducía, pasada la entrada del café, á un peristilo. Luego se atravesaban tres salones elegantemente decorados con grandes espejos incrustados en tableros de madera color de naranja con filetes azul celeste, y se llegaba á un hermoso terrado cubierto de arena y adornado de flores, que seguía á lo largo del boulevard de Montmartre, hasta el antiguo hotel Montmorency. Era entonces la moda ir á sentarse á aquel terrado despues del paseo, y, recostados en las sillas, burlarse de los transeuntes del boulevard.

*La hora de Garchi* para hablar á la moda, era de dos á cuatro de la tarde, cuando hacía buen tiempo. Por la noche, antes de las nueve, solo iban á Garchi los más humildes burgueses. Por el contrario, *el supremo buen tono* iba á las doce de la noche, despues de salir de la Opera. Los jóvenes que, como Saint-Clair, mudaban de traje tres veces al día, pavoneábanse allí con sus casacas parecidas á sacos, sus pantalones ceñidos al muslo, el claque de dos pies de alto, y los lentes colgados al cuello.

—¿Querriais creer que nunca he estado aquí? —dijo Luisa de Farges á Solignac.—No conocia Frascati. Es muy bonito.

Solignac atravesó uno de los salones resplandecientes por la luz que despedían las lámparas de cristal de roca con reflejos tamizados y se puso á buscar con la vista una mesa desocupada; todas las mesas de caoba y las sillas etruscas estaban tomadas.

En aquel momento la condesa sintió que el brazo de Solignac se estremecía.

—¿Qué sucede?—le volvió á preguntar la joven.

La contestacion de Solignac fué la misma de antes.

—Nada.

Era que acababa de ver desaparecer á Agostino en el segundo salon, en el momento en que Solignac y la condesa atravesaban el primero, bajo las ansiosas miradas de sorpresa ó de admiracion de los parroquianos de Fraseati.

La condesita contestó á varios saludos.

—No cabe duda—pensaba el coronel,—ese hombre nos sigue. ¿Qué importa?—añadió.—Esta vez voy armado.

Habia llevado un par de pistolas fáciles de ocultar, aun yendo vestido de ceremonia, y que ya no abandonaba nunca.

En el segundo salon, casi vacío, Solignac se sentó enfrente de Luisa, y Florival y la baronesa de Berruis se colocaron á su lado.

Florival pidió un sorbete de almendra y la señora de Berruis un ponche de leche, mientras

el mozo esplicaba á la señora de Fargés que los helados de albaricoque y melocoton, figurando las mismas frutas, eran esquisitos.

—No hay como esos napolitanos para confeccionar los helados—dijo Saint-Clair.—Su sol les obliga á pedir al Norte el socorro de sus nieves.

Señrióse, hallando sin duda que su frase era completa y de efecto; pero se calló al instante, al observar que Solignac fruncía las cejas.

—Me envidia—se dijo Saint-Clair;—cada uno tiene sus ventajas: él tiene la lanza, pero yo tengo la lira.

Florival se equivocaba. En aquel momento no le preocupaba á Solignac más que el adivinar lo que Agostino intentaria siguiendo á la condesa.

El mozo de Frascati preguntó otra vez á la condesa y al coronel si se habian decidido por algo.

—Todavía no—dijo Luisa.

—¿No les gustan los helados? ¿Prefieren los señores una *bávvara*?

A Solignac le llamó la atencion el acento italiano de aquel camarero.

¿Pero que habia de extraño que en Frascati, como en Fortini, Corazza ó Sabatini hubiese camareros italianos? Aquel era un mozo moreno, alto, pálido y de ojos azules.

—Sí,—dijo Luisa de Farges;—eso es una *bávvara*. ¡He sentido algun frio al salir de la Opera!

—¿Con chocolate?

—¡No, con leche!

—¿Y el señor?—preguntó el mozo á Solignac.

—Con chocolate,—repuso el coronel maquinalmente.

La *bávara* estaba entonces de moda, y, como otras muchas modas parisienses, esta provenía del extranjero.

Cuando visitaron á Paris los príncipes de Baviera á fines del siglo XVIII, entraron una noche en el café Procope, pidieron té servido, no en taza, sino en botella de cristal, y, en vez de azúcar, echaron jarabe en el té. Aquella mezcla extravagante llamó la atención. Se la bautizó con el nombre de los príncipes bávaros; la *bávara* hizo furor.

Luego se substituyó el jarabe con café ó chocolate, y Paris tuvo una nueva bebida! El matrimonio del príncipe Eugenio de Beauharnais con una princesa bávara dió ocasion para que las personas de talento, que como Desaugiers cultivaban entonces el *Calembour*, compusieran una acerada frase.

El príncipe Eugenio tenía la misma costumbre de Josefina, su madre, que se tapaba constantemente la boca con un pañuelo de encaje, para disimular su fea dentadura. Por lo que empezaron á decir que el príncipe sería el más hermoso de los oficiales sino se le cayesen los dientes, pero afortunadamente no se necesitan dientes *para tomar una bávara*.

El mozo italiano se había alejado. Para pasar de los salones al despacho era preciso atravesar un largo corredor, y apenas hubo penetrado en él, se halló cara á casa con un hombre alto y an-

cho de pecho, que lo cogió por la muñeca llamándole por su nombre.

—¡Saverio!

El mozo se estremeció y se detuvo.

—Me conocéis—balbuceó.

—Perfectamente—repuso el otro.—Te llamas Luis Saverio; eras sargento en el 14 de línea, y has desaparecido, desertando y llevándote varios objetos, bolsillos ó relojes pertenecientes á tus compañeros, y eso lo has hecho por seguir á una mujer, Adelina Gautier, á quien amabas y que ya ha muerto...

—Mi mala sombra—dijo Saverio.

—Buena ó mala, poco importa. Lo cierto es que yo creía que te habías vuelto á Chiari, tu país, y me ha sorprendido mucho encontrarte en Paris, en casa de Frascati. ¿No temes que algun compañero del 14 te reconozca y te denuncie?

—Los soldados vienen aquí pocas veces—repuso Saverio sin tratar de negar, y estupefacto de haber sido descubierto.

—Los soldados no; pero, ¿y los oficiales? ¡Vamos, mirame y reconóceme á tu vez!

—Es inútil, os he conocido, capitán Ciampi—dijo Saverio bajando la cabeza.

—¡Pues bien!—dijo Ciampi—elige al momento entre dos alternativas que te voy á ofrecer: ¿cómo te llaman aquí?

—Victorino Mariani.

—O verte despojado del nombre de Mariani y condenado bajo tu verdadero nombre de Saverio, ó ganar cien monedas de cuatro duros que tengo aquí en dos cartuchos.

El juego había favorecido sin duda á Agostino y tenía en la mano los dos cartuchos, que Saverio miraba con expresion de espanto é incredulidad.

—¡Cien monedas de cuatro duros!... ¡dos mil francos!... —baluceó el mozo;—pero...

Préveia alguna condicion terrible, imposible ó peligrosa.

—¡Vamos, date prisa! —dijo Ciampi. — Esos mozos que están pasando pueden escucharnos y allí te esperan ellos.

El modo con que Agostino pronunció aquel *ellos* hizo adivinar á Saverio que se trataba de parroquianos á quienes tenía que servir.

—¿Y qué hay que hacer?— preguntó sin apartar sus miradas de Agostino.

—Dejarme verter en la copa en que ha de beber uno de aquellos dos hombres que están allí, una gota de este frasco.

—¡*Diávolo!* —dijo el mozo palideciendo y mirando á Agostino.

El capitán enseñaba con una mano los cartuchos de oro y con la otra una redomita diminuta, tallada en facetas, llena de un líquido incoloro y, en apariencia, muy inocente.

—¿Tan difícil es la eleccion?—dijo Ciampi con ironía.—Dos mil francos ó una delacion. De un lado, la posibilidad, para ti, de volver á tu tierra y vivir allí honradamente, y del otro, el consejo de guerra. O dos mil francos ó ser fusilado. ¿Y bien?...

—Pero...—dijo Saverio—¿es que... eso (señalando á la pequeña redoma) es... es veneno?...

—Poco te importa lo que sea: ¡una sola gota en la bebida de ese hombre, y estos dos cartuchos son tuyos!... ¡Vamos, Luis Saverio!

—¡Oh!... ¡ese nombre no!

—En efecto, es el de un desertor... ¿Quieres que le pronuncie en voz alta?

—¿Y si al ser denunciado—contestó Luis Saverio,—dijese yo también en voz alta lo que me habeis propuesto?

Agostino se encogió de hombros.

—¿Quién te creería? Entre un soldado desertor y un oficial, ¿habría juez que vacilara ni un momento? ¡Vamos, triple necio!—añadió Ciampi.—¿Quién te dice que es veneno? ¿Por qué tratas de saber lo que yo quiero hacer? ¡Toma lo que te ofrezco y déjame hacer lo que me venga!

—¡Ah... miserable de mí! —exclamó Saverio.

—Hace poco tiempo decia yo que Adelina Gautier habia sido mi mala sombra... ¡pero ahora!...

Miró con ojos febriles el dinero que Ciampi seguia ofreciéndole, y sus manos se alargaron instintivamente, agitadas por el afán del oro, hacía aquellos cartuchos que, para él, representaban la libertad, un principio de fortuna y la vida tranquila en Italia.

—¡Ahora—dijo Agostino con ironía—la mala sombra soy yo! ¡Diablo!... ¿Quién hallara, como tú, malas sombras que entregan dinero cuando se necesita!

Saverio le miró por última vez con espresion siniestra y resuelta, como hombre que se va á arriesgar y á aceptarlo todo.

—¿Y bien?—preguntó Agostino.

—¡Convenido!—dijo Saverio bruscamente.

Las pupilas amarillentas de Ciampi lanzaron verdaderos rayos de odio satisfecho.

Mientras tanto Florival de Saint-Clair, saboreando su sorbete de almendras, hizo observar á la señora de Berruis y á la condesa de Farges, lo mucho que tardaba el mozo en servir las *bávaras*.

A Solignac le preocupaba poco la tardanza. Sentíase poseído de un gozo profundo. Las melodías de Spontini murmuraban todavía en sus oídos las palabras de amor que acababa de escuchar, y además Luisa estaba allí ¡á su lado!

Le parecía que había soñado y que su sueño tomaba cuerpo y convertíase en realidad. El coronel, sentado enfrente de las dos señoras, estaba colocado junto á Florival, de modo que veía todo lo que pasaba en el salón.

De espaldas á la pared, abarcaba con una mirada toda la habitación y la perspectiva de los salones vecinos.

La señora de Berruis y la condesita al contrario, no podían examinar la sala sino volviéndose, ni aun ver lo que se reflejaba en los grandes espejos porque estaban muy altos y bastante lejos de ellas.

Con el instinto del soldado de guardia que teme una asechanza, Solignac observaba las idas y venidas en la sala inmediata, persuadido de que Agostino no se había alejado.

Hay horas en que se siente cerca de sí al enemigo invisible y una especie de magnetismo in-

negable os advierte que el momento del peligro ha llegado.

Solignac permanecía silencioso, mientras que Florival, la baronesa y Luisa, algo distraídos, hablaban de cosas insignificantes, cuando de repente vió, no á Agostino, sino á Andreina, pasando como una aparición por el salón inmediato; Andreina, pálida, con los ojos febriles y morisqueando un ramo de rosas; se presentó en el umbral del salón, volvió su livido rostro hácia el coronel, le dirigió una extraña mirada y desapareció.

—¡La hermana despues de el hermano!— se dijo Solignac, y, mas seguro todavía de la proximidad de un peligro, esperó á que este tomase una forma y un nombre.

Al cabo de un momento, vió llegar al mozo con las mejillas verdosas, y cuando aquel hombre colocó sobre la mesa la bandeja con las dos botellas que contenían las *bávaras*, el coronel observó que al italiano le temblaban las manos.

Fijó sus azules ojos en Luis Saverio, y el mozo bajó los párpados, como si la mirada de Solignac hubiese penetrado en su pensamiento.

Las *bávaras*, algo humeantes, parecían esperar á que las echasen en las copas. Florival, siempre en busca de imágenes poéticas, comparó la *bávava* con leche á una elegante belleza europea de cutis lácteo, y la *bavara* con chocolate á una africana seductora, como esas princesas moriscas adoradas, en otro tiempo, por los paladines cruzados.

Solignac echó en una copa el líquido cremoso

y vertió enseguida el del chocolate, que menéó maquinalmente con la cucharilla.

—Me parece que está demasiado caliente,— dijo Luisa, inclinando un poco su lindo rostro sobre el vapor que salía de la copa, no del todo llena.

En aquel momento volvióse á estremecer Solignac. Andreina, á quien ni Luisa ni la señora de Berruis podían ver, entró en el salón, y, con paso firme, pero maquinal, parecía dirigirse en derecha hacia la mesa, ante la cual estaba sentado el coronel.

Detrás de la joven, pálido como un espectro, Agostino apareció y desapareció cual un fantasma que se presenta y desaparece.

—A nuestro alrededor se está representando algun terrible drama oculto—pensó Solignac.

Los ojos de Andreina no miraban al coronel; estaban fijos, como señalando, en las dos copas humeantes que Saverio acababa de traer.

El coronel miró también aquellas copas y, hasta cierto punto, se apoderó, á través del es-  
cio, del pensamiento de aquella mujer.

Era evidente que las *bávaras* absorbían por completo la atención de Andreina. ¿Pero por qué?

Solignac alargó la mano hácia su copa, y observó en seguida que Andreina, que se había parado de repente en medio del salón, cruzaba las manos y le dirigía, de lejos, un gesto suplicante, con una mirada apasionada.

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó el coronel.

Comprendía que Andreina le imploraba, y pudo leer claramente como en un libro abierto, la expresión de consuelo, sucediendo á la de angustia, en la fisonomía de la italiana, cuando bajó la mano dejando la copa lejos de sí.

Entonces un rayo de alegría brilló en los ojos de Andreina.

—Estará aquí el peligro—se dijo Solignac.

Toda esta escena muda y, hasta cierto punto, trágica había pasado inadvertida para Luisa de Farges, que no podía ver á Andreina, y para Florival, sentado junto á Solignac, pero que no veía en todo el salón más que los lindos ojos negros de la condesita.

Luisa miró con una sonrisa de niña caprichosa las dos botellas á medio vaciar, alargando de repente la mano á la copa que un momento ántes había ido á coger el coronel.

—Me he equivocado—dijo haciendo un gesto.

—La *bávara* de chocolate es la que yo prefería. ¿Vais á permitirme que elija, no es cierto, coronel?

Y cogió entre sus dedos la copa de cristal que contenía el brebaje destinado á Solignac.

El coronel no apartaba los ojos de Andreina.

Entonces observó otra completa y profunda transformación en las facciones de la señorita de Olona; al terror más vivo, sucedía una emoción repentina é inesperada, un estremecimiento feroz, algo parecido á una siniestra esperanza.

—¡Ah! ya comprendo—se dijo Solignac.— Ciampi ha hecho alguna de las suyas.